

"EL CRISTO" O LA IGLESIA EN EL PODER

ESCRIBI «El Cristo» el año 1964. «El Cristo» es una obra dramática publicada en España y no estrenada; pero sí estrenada, en su versión italiana, en el Paraninfo de la Universidad de Roma y transmitida tres veces por la RAI, además de ser premio, en su versión inglesa, de la catedral de Coventry.

Cuando escribí esta obra trabajaba en una humilde filial del instituto de segunda enseñanza Ramiro de Maeztu, de Madrid. La filial, como todas las del Ramiro de Maeztu, era, por aquel entonces, siniestra. Recuerdo que estaba en los sótanos de una torre del Batán y trabajábamos con luz artificial. Cuando llovía las clases se encharcaban. Los padres de los alumnos mandaban en el profesorado. No olvido que una mañana, después de pasar lista, cumpliendo las órdenes dictatoriales del director, no dejé entrar a un niño. A renglón seguido me llegó la madre —toda la cara pintada en rojo y gualda, como una bandera española, o como una caroca granadina—. Era sirvienta. Me dijo que su hijo tenía que entrar a clase porque ella y los suyos habían ganado la guerra, para que yo pudiera dar clase en aquella infame filial. Infame de verdad. Los domingos y fiestas teníamos que ir al Hogar del Empleado, que estaba en la calle Cadarso, y en otra especie de sótanos teníamos que oír misa y cantar. Los más, tomar la comunión. Y aquellos que no la tomábamos éramos fichados para nuestra expulsión de aquel hermoso paraíso de la filial. Yo, al terminar un curso, me encontré despedido sin más ni más. En paro, como ahora hay 30.000 licenciados.

ME extrañaba que los vecinos del barrio del Batán hicieran adoraciones nocturnas y abrieran de par en par las puertas de la iglesia porque no se cabía dentro, sobre todo los domingos. Lloviera o no, la gente —de tanta— quedaba en la calle. Eran todos eso; empleados que tenían un hogar único: la Iglesia. Sí. La iglesia era quien les manejaba, hasta el punto de esas aglomeraciones en las noches de adoraciones noctur-



nas, en las misas, e incluso peleaban entre ellos porque se disputaban la prioridad a ser católicos, creyentes verdaderos. Me extrañaba que unánimemente aquella gente obrera tuviera sus disputas por esta causa y presumiera de cumplir todos los deberes para con la Iglesia. Bebiéndose los vinos de los domingos, había que oír en las tascas del barrio las denuncias que unos a otros se ponían, por haberse espiado si fueron o no a misa, a las adoraciones, a las novenas, a llevar flores a María en el mes de mayo, etc. Después me enteré que las casas, o la mayor parte de las casas del barrio, eran de los jesuitas, quienes manejaban todo el cotarro, dándoles o quitándoles la casa, el hogar. Así es que todos estaban más derechos que una vela, fueran creyentes o no.

TODO lo anterior revelaba una especie de fanatismo que tuvo que pasar tiempo para que yo lo comprendiera. Fui una víctima más enrolada en aquel Batán. Fue entonces cuando escribí «El Cristo» con rabia, para gritar desde un escenario lo que no podía gritar en la calle. «El Cristo» tiene una idea fundamental: las manipulaciones de la Iglesia —muy complejas y profundas— por dominar desde el Poder, fanatizando al pueblo. Fanatización que hacía acorrallar y reflexionar a los altos cargos de nuestra política. Los jesuitas dominaban por un lado, los dominicos por otro y el Opus por los más. El Opus, que dividía a la Iglesia, era entonces el sumo Poder. Estaba infiltrado no sólo en el Gobierno, sino en las empresas multinacionales, en las universidades, en los medios de comunicación, en todo. Como casi hoy. Y el Opus dividía a la Iglesia, como ahora la derecha se divide en la UCD y Soledad Becerril intenta y no puede dividir a mi Andalucía. Entre otras cosas porque Soledad Becerril, como se dice ahora, no tiene carisma ni fuerza humana y política suficientes como para que nos creamos a Soledad.

Ante el miedo del tema que «El Cristo» me planteaba, me fui a escribirlo al convento de dominicos de Almagro. Allí preguntaba a los frailes y, encerrado en una celda, me atormentaban graves problemas teológicos. El padre Ramón, dominico, me dijo: «Los frailes te confundirán. No preguntes a ninguno. En su mayoría existe más rutina o conveniencia que preocupación religiosa o teológica.» Aquellas palabras comprobé más tarde que eran ciertas. Así pude ver que al principio de los años setenta, cuando llegué desde los Estados Unidos a Salamanca para trabajar en la Universidad, el convento salmantino de San Esteban estaba lleno de estudiantes de teología, quienes, oliéndose que la Iglesia iba a declinar por algún tiempo —ya que se mascaba en el ambiente el llamado cambio—, huyeron como desbandada. Hoy está el convento de San Esteban casi desierto.

«El Cristo», tomado su asunto de unos episodios suce-

didos en algún pueblo de España que no quiero nombrar, fue bien visto en el Gobierno de la primera apertura de Manuel Fraga y estuvo a punto de ser estrenado en el teatro nacional María Guerrero. La «pomada» de aquel entonces, como diría Paco Umbral, lo había, al parecer, aceptado, aunque temiendo siempre que el párroco, protagonista de la obra, hijo de anarquistas en nuestra guerra civil, seminarista ordenado entre la torturante angustia que da la duda o la no creencia, llega en un momento de la obra a apuñalar al gigantesco cuadro de «El Cristo» milagrero, que veían llorar los feligreses y forasteros que acudían como enjambre a la iglesia donde tiene su acción la obra. Con este motivo, el negocio era grande: hoteles llenos, tabernas y bares igualmente llenos, putas por todas partes, enfermos y casi posesos descalzos y sangrantes por las calles del pueblo y... la Iglesia reinando y haciendo su agosto: atrayéndose a miles de almas para los rebaños del Señor. Fue entonces cuando se fundó la Legión de las Hijas de María, o cuando tomaron mayor auge, al mismo tiempo que los Cursillistas de Cristiandad se azotaban desmeledados, expiando sus pecados y, claro, escalando, a su modo, puestos para subir también al poder. España ha sido siempre un país de miseria. Un país de limosneros.

AL párroco de «El Cristo», sacerdote revolucionario para aquel tiempo, lo denunciaron a Roma y lo dejaron sólo en la iglesia de su parroquia: ya nadie quiere ni bautizar sus hijos allí, ni contraer matrimonio, ni que el párroco administre los santos óleos al moribundo.

Fui a ver al párroco y no me quiso recibir porque creía que iba a llevarle limosnas. No aceptaba limosnas porque no quería robar. Para él, una limosna era un insulto. El hijo del anarquista se había convertido, ante el horror de la España que veía —de la que yo vi en el Batán y en tantos otros lugares del país—, en un creyente de verdad, en un salvador de verdad, en un hombre honrado de verdad. Un hombre enfrente de todo un pueblo. Un hombre que, por lo tanto, sobraba en la sociedad en que vivía.

Se dice que en España no hay teatro. No sé qué pasó en aquel tiempo, o qué cambio dio la política del momento. Lo cierto es que a «El Cristo» lo enterraron hasta que apareció en Roma, como dije al principio. Hoy, «El Cristo» ha vuelto a resucitar. Está viva la obra. Los que no están vivos son los dirigentes, sobre todo, de los teatros nacionales españoles, que tienen el deber de descubrir lo vivo. Veo, sin asombro, que el tema de «El Cristo» se repite en los episodios recientes de Alba de Tormes, y los de Granada, con la Virgen llorando lágrimas de sangre, el pueblo fanatizado, otros comerciando y la Iglesia manipulando todo, tirando la piedra y escondiendo el brazo, para subir gloriosamente otra vez al poder. Me dirán algunos que lo estubo siempre. Yo diré: amén.

1976 (?)
Diciembre - Pueblo "Madrid"